

*La ciudad pixelada* SERGIO DEL MOLINO

## El bibliófilo

**L**a semana pasada me colé en casa de José Luis Melero. La ocasión la pintaban calva. David Trueba andaba rodando una especie de documental con el músico Francisco Nixon y quería tomar unos planos en su piso. «¿Te vienes?», me dijeron. Y vaya que sí fui. Al trote. No todos los días se tiene la suerte de entrar en un párrafo de Borges. Lo mismo me perdía en un pasillo y tropezaba con el aleph. Melero es un bibliófilo de los buenos y su casa es una biblioteca llena de rarezas y maravillas.

En un mundo donde todo se consigue con dos clics y casi todas las cosas son de usar y tirar, el bibliófilo se entrega a una obra complejísima que solo él entiende. Una rara forma de trascendencia y un sentido del legado absolutamente a la contra de esta época de archivos que flotan en nubes. Cuando nos enseña una de sus joyas, un librito del siglo XVI conservado a la perfección, se detiene en las firmas y ex libris de los dueños que ha tenido a lo largo de las centurias. Pasa las páginas con las marcas, orgulloso de formar parte de una cadena y habla de los futuros dueños de ese libro como si fueran amigos. Gente que se guiña ojos de vida en vida, como si se reencarnaran en papel. O como si ese libro contuviese todas las vidas de los dueños que lo amaron.

Su inmensa colección procede de madrugones y sapiencias que pocos comparten. Tiene una sección entera dedicada a bibliofilia. Bibliografías, manuales de librería, memorias de bibliófilos. Con ellas ha aprendido a saber más que los anticuarios, libreros de lance y buhone-

ros de mercadillo de pueblo a los que ha ido comprando las piezas. «A una feria hay que llegar el primero el primer día – dice-. Después, ya no se encuentra nada». Con los años ha tejido una red de informadores, husmeadores y chivatos en general que le soplan la aparición en tal o cual anaquel de tal o cual despistado vendedor de una joya rarísima que han tasado muy por debajo de su valor real. Melero cuenta sus hazañas de buscador de libros como un cazador cuenta una montería o como un soldado hasta arriba de adrenalina cuenta una gesta imposible. Y, mientras le escucho hablar, me doy cuenta de que conjuga todos los verbos en pasado, casi como si hablara de otro, de uno de esos dueños de libros de otros siglos que sólo dejaron un ex libris borroso en la página de respeto.

Al final, se confiesa desilusionado. Sus cacerías forman parte de otra época. Ahora, dice, todo se puede conseguir por internet. Cualquier cosa. Se busca el libro solicitado, aparecen tres librerías que lo venden, se pincha en la que tiene el precio más bajo y, en dos días, un mensajero lo deja en casa. Aparentemente, todo son ventajas bibliófilas, pero Melero lo cuenta como un horror. «¿Qué gracia tiene eso, qué mérito?». No hay una batalla que contar. Solo queda un cargo en la tarjeta de crédito y un libro que llega a casa sin sentir que se ha ganado estar ahí.

Salí convencido de que yo pertenecía más a aquel mundo que a este, y me pregunté, quizá por primera vez en serio, qué será de nosotros, los caminantes, si se empeñan en llevarnos a los sitios en vez de dejarnos andar.

